

respetan todos. El error se ha valido siempre y en todas partes de la hipocresía para ocultar sus verdaderas intenciones. Oh padres, oh madres, oh institucion sagrada, asilo santo del amor y santuario de la virtud; tú eres despues de la religion, ó con la religion que está contigo, lo mas venerable y lo mas popular que existe entre los hombres; ¡cómo podrán odiarte sin que la humanidad entera cargue todo su desprecio sobre los que te odien? Poresto cuando el error contemporáneo quiere atacarte hace lo que ha hecho siempre; se disfraza; pero te ataca, y son tanto mas peligrosos los ataques que te dirige, cuanto que los oculta fingiendo defenderte.

Todavía se trabaja para llevar á cabo estos principios disolventes; y desde aquí veo, no solo á los gigantes de la destruccion, sino á los mas insignificantes operarios que cavan á vuestros piés la tierra en que están sembradas las raices de los grandes principios naturales y de las grandes verdades reveladas que desde hace muchos siglos lleva la familia cristiana en su seno; y por esto repito otra vez: Oh padres de familia, oh madres, oh reyes legítimos y soberanos de este imperio creado por Dios, levantaos y defended vuestro reino y vuestro poder. Si no quereis que vuestro imperio se desmorone, y que el hogar doméstico que es vuestro palacio se desquicie sobre vuestras cabezas; no permitais que la idea revolucionaria penetre en vuestra morada con la filosofia y la literatura revolucionarias; porque si pasan el umbral de vuestra puerta, la Revolucion penetrará en vuestro hogar y la destruccion con ella. La ciencia revolucionaria es, señores, el primer antagonista de la familia, á la cual quiere destruir desde sus cimientos.

II.

No solo el genio revolucionario, sino tambien las costumbres sociales tienden en la actualidad á destruir la familia. Entre las costumbres y la familia hay una afinidad muy grande, y uno mismo es su destino. Las costumbres fueron creadas para que ejercieran en la familia una accion directa; y la familia sigue la reaccion de las costumbres. El orgullo, la avaricia, el sensualismo y la concupiscencia manchan la pureza de la familia; porque todos estos vicios desarrollan en el hombre lo que destruye el espíritu y la vida de la familia, que es el egoismo. Para completar el cuadro que deseo presentar á vuestros ojos, debo hacer resaltar las costumbres actuales en su relacion con el progreso de la familia, que se resumen todas en el egoismo, que es la causa mas antipática y fatal para la familia. Dejaré á un lado todo lo que concierne á las costumbres generales de nuestra época, de las cuales hablamos ya en otra ocasion, y nos limitaremos á las que se refieren á la familia.

Nadie ignora que el matrimonio es lo que mas directamente interesa á la familia. El matrimonio es la fuente y el estado constitutivo de la familia. Si son depravadas las costumbres, relativas al matrimonio, la familia participará inmediatamente de su depravacion. ¡Cuáles son bajo este respecto nuestras costumbres actuales? ¡Sigue el matrimonio entre nosotros la senda que le señaló Jesucristo Nuestro Señor? ¡Po-

drá elevarse la familia siguiendo la costumbre adoptada hoy para formar un matrimonio? No, señores, tres vicios reinan en nuestra sociedad que conspiran juntamente á corromper á la familia corrompiendo el matrimonio. Las costumbres actuales son contrarias al matrimonio, falsean los matrimonios que se hacen y pervierten los que se han efectuado ya.

Las dificultades que se presentan hoy para efectuar matrimonios constituyen uno de los síntomas que manifiestan mas claramente la decadencia de nuestras costumbres y la disolucion de la familia en nuestro siglo. Si habeis fijado en esto vuestra atencion, habréis notado que los matrimonios son todos los dias mas y mas raros. ¡Y no sume esto en la inquietud á toda madre que tiene á su lado á una vírgen que se conserva inocente en medio de la corrupcion del siglo! ¡No abrigais temor alguno cuando vuestro hijo ha llegado ya á los veinticinco ó á los treinta años y pensais en que tome estado? ¡De dónde nacen esos temores que abrigais? ¡Por qué retarda él todos los dias una determinacion que debe fijar su porvenir? Un desórden trae otro, señores, y por esto es hoy general y casi sistemática la repugnancia al matrimonio. En lugar de considerarlo como una necesidad, un descanso y un encanto de la vida, nuestros jóvenes lo ven como una servidumbre á la cual tarde ó temprano deberán doblar la cerviz. Dicen que cuando en la antigua Roma llegó á su colmo la disolucion, una de las cosas que mas serios temores infundia era la repugnancia de la juventud á contraer matrimonio. La ley, dice un escritor, acosaba por todos lados al célibe para obligarle á contraer matrimonio y formar así

una familia. Los célibes resistian, y segun atestigua la historia, Augusto llegó á ofrecer premios á los que se casaran. No se aprovechaban los célibes de estas buenas disposiciones de la ley y seguian en su estado. Mucho se parecen nuestras costumbres á las de Roma en tiempo de su decadencia; y si el siglo camina avanzando por la misma senda, no será extraño que veamos con el tiempo ofrecer premios para reprimir el mal que tanto temian en Roma.

¡De dónde nos viene este mal? ¡Cuáles son sus raices? No debemos remediar como Augusto la superficie del mal: preciso es curarlo en sus raices. Dos son las causas que juzgamos principales de este mal, y son, la disolucion de los hombres y el lujo de las mujeres. En los unos reina el egoismo de la sensualidad; en las otras el egoismo de la vanidad. Convengo en que uno y otro sexo son responsables de este mal; yo quiero hacer resaltar los rasgos mas visibles de uno y otro.

En primer lugar decimos, que la voluptuosidad de los hombres es la que prepara la disolucion de la familia; esta voluptuosidad es el deseo desenfrenado de goces egoistas, ó la práctica de los amores pasajeros, tan ávidos de placeres nuevos, como enemigos de contraer obligaciones constantes. ¡Necesito acaso hacer resaltar aquí lo que el mundo ve sin cesar practicado? Hemos perdido ya la pureza de costumbres; hoy se consideran como una necesidad en la juventud los excesos de la carne; á la misma nobleza se la considera sujeta á esta necesidad; la intriga sigue á la intriga como una cadena de vergüenzas é iniquidades, dando pávulo á las pasiones desenfrenadas y haciendo

fluctuar al que está luchando para fijarse en un objeto..... He aquí cuáles son nuestras costumbres. ¿Será posible que no llegue hasta la familia que vive en la pureza y en el recogimiento el gérmen de la disolución? ¿Cómo es posible que nuestra juventud, ávida de placeres carnales y de voluptuosidad, deje de huir del matrimonio que funda la familia? No me admira ver que en los mas floridos años de su vida acogen con frenesí lo que les convida á gozar, porque no hacen mas que practicar lo que leen en las novelas y ven en los teatros; lo que nos muestran todos los dias los debates judiciales, cuando la justicia humana llama ante los tribunales á alguno de los que han sido sorprendidos en el hecho de su crimen. Y menos me admira aún ver que vuestros hijos, acostumbrados á la licencia y disolución, huyen del matrimonio que les sujeta. Yo no sé si podréis vosotros admiraros de que el matrimonio tenga para ellos tan pocos atractivos, cuando sus corazones, ajados por placeres que más de una vez merecerán el nombre de infames, pagan su imposibilidad de amar con el deseo furioso de gozar sin amor.

Mas no es esta la única causa de este mal tan inmenso: preciso es dar á cada uno lo que le corresponde, para que sepa lo que le pertenece. Con la voluptuosidad de los hombres, que infunde temor acerca del cumplimiento de los deberes, camina el lujo de las mujeres que infunde al hombre serios temores de no poderlo sostener, y que amenaza completar, con los excesos de la vanidad, la ruina de una fortuna muy mal parada ya por las locuras de la voluptuosidad. Vuestros hijos, tan indiferentes á la riqueza, y en apa-

riencia tan enemigos de calcular el valor del dinero, cuando se trata solo de comprar los placeres, se convierten de golpe en los mas hábiles especuladores al tratarse de averiguar cuánto costará anualmente adornar á una mujer. ¿Y dónde iremos á parar cuando los años hayan hecho aumentar la familia con algunas hijas, si éstas han de rivalizar en lujo con su madre? Puedo aseguraros que el lujo inspira á los jóvenes más temor que placer, y les disgusta un lujo que les deslumbra; al ver unos adornos que tan caros cuestan, sienten una profunda impresion de desagrado, y esclaman: "Esto es muy lindo, pero cuesta muy caro, y es capaz de atemorizar á los mas ricos. Si fuéramos millonarios, podríamos tal vez atrevernos á arrostrar por todo, y quién sabe todavía cómo nos iría. No es posible que un hombre que no es rico pueda soportar tamaños gastos, que arruinarían á un príncipe. Esperemos y dejemos que los años pasen. Cualquiera dia será bueno para engolfarse en un mar de necesidades que, segun las exigencias del siglo, irá cada vez más en aumento y acabará con nosotros." Así calculan vuestros hijos, incluso los mas pródigos y los mas desinteresados; y difícilmente podriais convencerles de que su cálculo no es exacto. "Yo, dicen los jóvenes, soy moderado en mis gustos; ya sé lo que es el mundo, y conozco algo de contabilidad. He tomado ya una resolución, y pienso en casarme. Para ello buscaré un buen dote, y gastaré poco lujo. Este es mi programa, y lo seguiré al pié de la letra. Parece que no es tan fácil encontrar un buen dote, pero esperaré una ocasion que al fin se presentará; si no se presenta, conservaré mi libertad, que no vale menos

que ella. Es cierto que he comido mi fortuna en el libertinaje, pero no se ha perdido todo; me quedan las ruinas de mi fortuna, y con ellas podré todavía disfrutar un poco; y si un día la miseria se apodera de mí, no tendrá mas que una víctima."

Ya vemos, pues, que éstas dos causas, dejando á un lado otras muchas, es decir, la voluptuosidad de los hombres y el lujo de las mujeres, conspiran juntas á un resultado tan fatal para la familia y la sociedad, que es la repugnancia sistemática al matrimonio, y como consecuencia de ella, al aumento amenazador del celibato; no del celibato de la virginidad, sino del celibato de la voluptuosidad; no del celibato que consagra una vida al alivio de las miserias fraternales, sino del que absorbe una vida entera en la disipacion y en los placeres egoistas.

Tal es el primer ataque dirigido contra la familia por vuestras costumbres. En primer lugar, impiden el matrimonio, y en segundo lugar, cuando le hacen, le falsean. En el fondo de nuestras costumbres hay una llaga que no habeis visto y que roe el corazon de la familia, como el gusano el corazon de la fruta. Fuerza es que pongamos el dedo sobre esta plaga mortal, de paso para tocar otra cuestion: esta plaga crece mas y mas todos los dias, sobre todo en la clase alta, y es el arreglar matrimonios entre jóvenes que no se quieren, ni nacieron tal vez uno para otro. Cuando llega el dia de fijar por medio del matrimonio el porvenir de un hijo, sucede muchas veces que los padres, cediendo por su desdicha á la corriente del siglo, se entregan á la costumbre general. Por una parte les domina el orgullo de la sangre, y por otra

el de la fortuna. Uno busca lo mas elevado de la sociedad, y otro lo mas rico. Y haciendo entre los dos una combinacion desacertada, descuidan entrambos dos cosas que son las primeras en que hubieran debido fijarse, y son: las virtudes del alma y los sentimientos del corazon. A esta costumbre se le da el nombre de matrimonio de conveniencia; mejor seria llamarles de la inconveniencia, porque cuando se basa sobre cálculos tan falsos, que sacrifican á un nombre ó á una fortuna, el alma, el corazon y la dicha de un hijo, para nada figura la conveniencia. Lo que se hace en estos casos es cerrar los ojos para no ver el abismo al cual se precipitan.

No queremos, señores, que se decida la union de dos jóvenes, cediendo solamente al impulso de una ráfaga de amor que ha cruzado por un corazon de diez y ocho años; tampoco queremos que un primer amor se sobreponga en una cuestion tan importante á los consejos de la esperiencia y á las lecciones de la sabiduría. Pero no cabe duda que ceder á la fuerza de los cálculos para efectuar un matrimonio que tiene por único fundamento la vanidad ó el orgullo, es una costumbre fatal; antes de unir para siempre dos corazones, fuerza es primeramente procurar que esos dos corazones se amen, que esas dos almas se estimen y que esas dos vidas se sientan inclinadas á consagrarse la una á la otra.

Procurarémos demostrar esto con toda la libertad que nos permite la dignidad del asunto. Figurémonos una joven, pura todavía, cuyo corazon se abre al soplo del primer afecto, como una flor á los primeros rayos del sol. Esa alma, al abrir su cáliz de amor, es-

parece sus primeros aromas con una pureza que tiene algo de lo infinito y llama hácia sí algo que tal vez no conoce y no ha pronunciado jamas. ¡Qué le falta á esa jóven? Desea un alma como su alma, un corazon como su corazon; un alma que guarde todo el tesoro de su pureza, un corazon que conserve todo el tesoro de su cariño. Sin estos dos tesoros que forman, por decirlo así, uno el complemento de otro, nada será bastante para la felicidad; ni el nombre mas sonoro, ni el millon mas cabal, bastarán á llenar el vacío que quedará en el corazon de esta inocente jóven. ¡Y qué haceis vosotros para responder á las aspiraciones de esa alma vírgen de toda impureza y de ese corazon que ignora todo principio de egoismo? No solo admitís, sino que escogéis tal vez vosotros mismos un corazon sin afectos y un alma sin virtudes; un corazon corrompido y un alma viciada, que no pueden corresponder al cariño con el afecto, que son incapaces de comprender la virtud. Me atreveré de una vez á decirlo; escogéis el vicio, el vicio rodeado de la aureola del dinero, encubierto con el velo de un nombre; he aquí el objeto de vuestra eleccion! ¡Oh padres, oh madres! ¡Nada os ha enseñado vuestra propia experiencia? ¡A quién echarémos en cara el triste porvenir que ha preparado á vuestra hija vuestra vejez incauta! ¡Oh! Si la Providencia quiso libertaros á vosotros de un destino semejante, quiera Dios que las lágrimas de vuestra hija no sean con el tiempo una tardía leccion y sus desdichas un tardío remordimiento para vosotros.

¡Sabeis cuál es la cosecha que recogen esos matrimonios de conveniencia, esas uniones efectuadas con-

tra el buen sentido y contra la razon? Os lo diré. Algunas veces el crimen, en todas ocasiones la tristeza y con frecuencia desgracias horribles. Estas uniones, falseadas por vuestras costumbres en el acto mismo de prepararlas, son pervertidas por las mismas costumbres una vez efectuadas ya.

Efectuado el enlace, se encuentran dos almas colocadas una junto á otra, mas bien que unidas, por un cálculo de egoismo ó por un sentimiento de vanidad, y sujetas por toda la vida á una ley y á un contrato indisolubles, y bajo la fuerza de un mismo juramento. El acto que estipuló las obligaciones de la vida material, no lleva consigo ningun medio que asegure á esos dos seres la armonía necesaria á su vida moral. Uno y otro son indiferentes al amor, y cuando mas sentirán uno por otro cierto aprecio, que solo les procurará una sombra de satisfaccion. Como no han deseado vivir juntos, se hastían de una compañía que les pesa más que la soledad, y la tristeza no tarda en posesionarse de ellos. Careciendo de lo que mas esencialmente necesitan dos seres que viven juntos, sienten entre sus corazones un vacío que les asusta. El uno es para el otro como una espada que corta el hilo de su felicidad. Y suponiendo que no abracen un extremo peligroso para sus deberes, logran cuando más resignarse á su suerte y vivir tolerándose mutuamente. Mas, ay señores, el alma humana resiste á duras penas á tan ruda prueba: el corazon humano no puede fácilmente sofocar sus impulsos, y si por desgracia se interpone entre esos dos entes de hielo un sér menos frío, uno y otro pueden caer en la tentacion, porque encuentran lo que ambos necesitan y ninguno de

los dos puede darse. Si por desdicha se ha dado franca entrada en el hogar á las novelas; si han demostrado éstas á su modo que el deber sujeta á la humanidad á una felicidad imaginaria, acaban por creer los tristes esposos que no pueden condenar su vida á una especie de muerte social; que el crimen no es tan grande como lo suponen, y que bien pueden buscar fuera del hogar doméstico una dicha que no hallan en él. El corazón, que está encadenado á vivir de este modo, sueña vagamente en encadenarse á otra vida diferente, y siente los primeros impulsos de un amor ilegítimo, como sentimos en la atmósfera el soplo pesado que anuncia la tempestad.

¡Qué es lo que sucede entonces! Quisiéramos que nuestros labios de sacerdote nos eximieran de pronunciar una palabra que debería permanecer oculta bajo el velo de vuestra castidad cristiana. Entonces penetra en la familia un crimen horrendo, un monstruo destructor de la sociedad doméstica que la profana, la perturba y la sume en la desgracia. ¡Qué crimen es este tan abominable! ¡Cuál es el nombre de este monstruo destructor! Lo diremos ya que es preciso, señores: *dicam nomen bestiae*: el adulterio! . . . Sí, el adulterio; he aquí el mal terrible que introducen en la familia vuestras actuales costumbres; el adulterio que en otros tiempos era tan raro entre las familias cristianas, que se consideraba su aparición en una de ellas como un fenómeno; el adulterio que deshonra á la familia que toca, marcándola con un signo de oprobio indeleble, y que hoy se sienta sobre frentes en las cuales no puede agregar ya un nuevo oprobio; el adulterio anatematizado por todas las naciones y

por todos los pueblos, y que aspira hoy nada menos que á ser ensalzado y glorificado; el adulterio que caminando hasta hoy entre las sombras se introducía furtivamente en el asilo de la castidad mirando con temor alrededor suyo y exclamando: "Estoy solo y nadie me ve," y que no necesitando hoy encubrirse en el misterio, ni teme ser visto ni le asusta el escándalo; el adulterio que hoy se manifiesta, se publica y se ostenta; el adulterio que penetra en el hogar doméstico, conversa en el salón y se sienta á la mesa, donde provoca con sus insolentes miradas la virtud del esposo ó de la esposa humillados en su triunfo!

He aquí lo que hacen las costumbres actuales en favor de la disolución de la familia. Y hemos pasado en silencio algunas de las infamias que con frecuencia la deshonoran. El respeto que me infunden vuestras almas y la mía propia me obligan á dejar ocultos en la sombra ciertos misterios del crimen que alcanza á descubrir algunas veces la justicia humana, y que solo ella tiene el derecho de llamar por su propio nombre, porque suya es la misión de pesarlos en su balanza y herirlos con su espada. Si pronunciara yo estos crímenes con los nombres que les da la sociedad, sabrías no sin admiraros que existen abominaciones que creéis tal vez relegadas á los tiempos del paganismo, en moradas donde poco há vivían cristianos que adoraban á Jesucristo. Mejor será que callemos y dejemos en la oscuridad estos crímenes secretos donde la familia conspira contra la familia, la paternidad contra la paternidad, la vida contra la vida; misterios vergonzosos ante los cuales se pierde